

Díptico en aire de crónica: dos escritores en la rivera del Sinú

Laura Andrea Rueda Pilonieta
Especialista en Ortóptica y Optometría Pediátrica
Programa de Optometría, Universidad Santo Tomás
Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: aura.rueda@ustabuca.edu.co

Viví una infancia feliz en casa del profesor Álvaro Rueda, dedicado toda su vida a los números y a las letras y casi podría decirse melómano de profesión. Crecí rodeada de sus vinilos y sus libros, a través de los cuales me acerqué por primera vez al placer de la lectura. En casa se escuchaba música todos los días y se encontraban libros en cada rincón. Dentro de sus colecciones había algo que siempre llamó mi atención por ser quizá su favorito, era un casete marcado y debidamente numerado como se esperaba de un matemático, en él, un hombre con acento costeño narraba la historia de un boxeador, había sido grabado del vinilo de un amigo, gracias a esto, conservaba el crispero original que produce la aguja sobre el disco, que ya me era familiar.

No dejaba de inquietarme por qué siempre mi padre quería escuchar la misma historia y por qué siempre se reía en las mismas partes del relato. Sin querer, a fuerza de escucharlo día tras día y casi siempre sin prestarle atención, me fui forjando la imagen de los personajes y todos los escenarios que el relato describía. Un boxeador apodado "El Flecha" por huir en medio de una pelea y su madre la niña Tulia, una señora tesa de un barrio popular de Santa Cruz de Lorica, municipio ubicado en el norte del departamento de Córdoba.

Mucho tiempo después descubriría que ese señor costeño que tantas veces escuché era David Sánchez Juliao, periodista y escritor, nacido en Lorica, así como sus personajes. Todo un literato adelantado a su época, primero en el mundo en grabar un audiolibro en 1975 y en casete, quiso de este modo llevar su oralidad a ese sin número de colombianos que no habían tenido

la oportunidad de estudiar, que no sabían leer ni escribir.

Con el paso del tiempo, ahora ya más madura, empecé a reír en los mismos fragmentos, ahora entendía lo que David Sánchez quería decir en su relato. Pude comprender que el humor del costumbrismo plasmado en las líneas de Sánchez Juliao es gracioso, no porque pretenda ser una comedia, sino porque refleja la pura realidad.

Fue también en casa años más tarde, que por una afortunada casualidad llegó a mis manos un texto del también costeño Raúl Gómez Jattin, escritor Cartagenero, cuya historia de vida es tan contrastante como sus letras, su sensibilidad extrema y su poesía escueta; su conciencia sobre la esquizofrenia que lo aquejaba pero que al mismo tiempo invocaba para poder seguir escribiendo; su drogadicción, su mendicidad y su trágica muerte que dejó a todos con la incertidumbre de si fue un accidente o más bien un suicidio.

Al empezar a leer a Jattin, evoqué los lugares que Sánchez Juliao me había llevado a imaginar con aquel relato, sentí que sus personajes caminaban por los mismos lugares que ya había escuchado antes, mucho en ellos se parecía, el colorido de sus líneas, el pueblo de tierra caliente, el río, el mercado, pero, sobre todo, la gente. Desarrollé un gusto especial por sus manuscritos, pero más que gusto es admiración por su estilo y su carisma para contar historias.

Descubrí después que a estos autores los unía su origen caribeño, que Jattin al igual que Juliao, vivió toda su vida en Córdoba, en Cere-té. Separada esta última de Lorica, apenas por

42 kilómetros, que se recorren en moto taxi en un tiempo que no supera los 45 minutos. Lórica y Cereté, tienen todo en común. Su cultura y su idiosincrasia, tal vez por eso su narrativa se parece tanto, porque seguramente, ambos recorrieron los mismos paisajes y desandaron por las mismas calles.

Impulsada por esta idea decido ir a buscarlos, a tratar de recorrer sus pasos, aunque ya no estén aquí, a ver si todo lo imaginado cuando leí sus historias se acercaba al menos un poco a la realidad. La necesidad de conectarse con las raíces, con el pasado, es algo muy propio del ser humano. Las cosas que acompañan la infancia son casi siempre recordadas con ternura. Por eso, en algún momento de la vida uno busca reconectarse con ellas. Empezar este viaje, nace más de una motivación personal de evocación del pasado, que de la admiración misma de dos grandes exponentes de la literatura colombiana.

La noche del 29 de junio de 2018 partí hacia Córdoba, 12 horas por tierra. Al siguiente día al llegar al terminal me sofocó el calor, 32 grados de golpe son el aviso de que uno ha llegado a

la Costa y de que el río o el mar se encuentran ya muy cerca.

El primer destino era Lórica, su centro histórico, considerado patrimonio cultural, su arquitectura influenciada por los turcos en los años 30 era algo que siempre quise ver, así que el mercado, emblema de la ciudad fue la primera estación.

El edificio es impactante, se encuentra a un costado de las calles centrales. El amarillo vibrante de la fachada contrasta con las construcciones circundantes, antiguas, de cornisas y ventanas con arabescos, que emulan arquitectura extranjera. En la fachada, el detalle de los acabados combina rojo vino tinto con amarillo mostaza que da el color a casi todas las paredes. En el interior, llama la atención el adoquinado que cubre todo el piso, en el que se observan también estos dos colores. Las columnas corintias adornan los arcos de medio punto que dividen los espacios. Los productos del mercado en sí, la comida, la gente y las artesanías son tan colombianas, que no dejan de sorprender por hallarse dentro de un edificio en el que se esperaría encontrar más bien un mercado persa.





Por eso el mismo David Sánchez le llamó “Lorica Saudita”.

Al atravesar las cocinas, la vista es impresionante: es el río Sinú, separado solo por un andén estrecho que es parte también del edificio. Sus aguas se ven tranquilas, pero se percibe la fuerza que lleva el caudal, su imponencia produce un escalofrío que da la sensación de no ser un río en el que se pueda confiar.

El Sinú bordea todo ese costado del pueblo, y fue precisamente desde la cocina del mercado, desde donde inicié la búsqueda de los pasos de David Sánchez Juliao. Caminé durante horas a lo largo y ancho de todo el malecón, bajo el sol ardiente. Pregunté por él en cada esquina; pregunté a los comerciantes; a la gente que encontré en la alcaldía; a jóvenes y adultos. Pero nadie me supo dar razón. –¿Quién? – No lo había escuchado nombrar– Ni idea. Pregunté por el bar Tuqui Tuqui y por el Colegio Superior Departamental de Bachillerato y Carreras Intermedias Lacides C. Bersal, “tronco e’ nombre pa’ tres salones”, como dijera él “El Flecha”.

Al final del recorrido cuando ya parecía que era hora de regresar, al final del malecón hallé a un señor mayor, robusto, sentado en una butaca de madera en la puerta de su casa, atrás de una reja que se veía que antes había sido blanca. Miraba hacia el río Sinú. Por su avanzada edad pensé que tal vez él sí podría darme alguna información. Después de preguntarle, pausadamente y en acento costeño recio, esto respondió: “¿Juliao? ¿El escritor?... el murió hace raaato... la casa no sé en dónde quedaba, era como en el campo en una parcela, se sabe que un día se quemó”. Ahí terminó la primera travesía.

Subida y de pie en un bus que partió de Lorica con rumbo a Cereté pude ver de cerca la frescura de la gente. Las comadres comentando sobre la parranda del fin de semana en el Festival del Porro en San Pelayo, población intermedia que se encuentra por esta misma ruta; una de ellas exhibiendo un rulo rosado en la frente, preparando desde ya el *look* para la fiesta; maletas y bultos de toda índole; el *sparring* que cobra el pasaje, al que después de que uno se

sube todavía se le puede pedir rebaja, todos ellos ambientados por la música del caribe que retumba en el picó del conductor.

Una vez en la entrada al pueblo, inicio la segunda travesía, nuevamente bajo el inclemente sol. Esta vez busco los lugares en donde pueda hallar algo que permita recordar el legado del poeta más original que ha tenido este país: Raúl Gómez Jattin. Allí creció y vivió casi toda su vida. Inicié mi búsqueda preguntando en el restaurante de comida árabe que se encuentra junto a la primera gasolinera que uno ve apenas llega; pregunté por las calles, en la iglesia, a un grupo de mototaxistas, nuevamente a jóvenes y viejos, y tal como en la primera parada, ninguno da razón.

Por un periódico de circulación conocí que un centro cultural había abierto sus puertas dos años atrás y que llevaba su nombre. Me apresuré a encontrarlo y preguntando llegué. El edificio de un solo piso, todo rosado del piso al techo, decorado con cornisas blancas y al fondo por un costado un bracito del gran Sinú que atraviesa todo el pueblo. Vi la puerta cerrada, pensé que en sábado esto sería apenas normal, así que me asomé por las ventanas esperando ver el interior. Y lo logré, pero lo hallado además de desconcertante fue desesperanzador: trozos de cielorraso tirados en el piso, humedad, plumas, basura, aves muertas, en una palabra: ruinas.

Sentada frente al pequeño Sinú pensaba en los hallazgos y me preguntaba: ¿por qué dos hombres tan brillantes en el mundo de las letras son desconocidos en su propia tierra? ¿Por qué ya ni siquiera existe lo que sería el centro cultural del pueblo? ¿Qué pasa con la literatura y la poesía allí en cuna de ilustres escritores? ¿Qué le enseña el sistema educativo a los niños cuando van al colegio en estos pueblos y en todo nuestro país?

Solo bastó mirar alrededor para intuir todas las respuestas, un caos de mototaxis en cada calle, vendedores ambulantes, venta de minutos, el rebusque en su más palpable expresión; recordé nuevamente las palabras de El Flecha:

Porque yo no sé en este país, cómo un carajo, de carpintero, latonero, albañil, arreador de agua, embolador, vendedor de Marlboro, minorista de Kent, carretillero, arriabultos, portero de cabaret, picolero, cabrón de puta vieja, ayudante de bu, fabricante de jaula, vendedor de raspao, chacero, escritor, administrador de un agáchate, mandadero, vendedor de maní, acordeonero, serenatero, fotógrafo de bautismo, consolodador de legendaria, sacristán, voceador e' periódico, vendedor de tinto, llantero, mecánico o empalmador, puede vivir. No lo entiendo, sabe. Lo que gana uno en esos oficios, viejo Deivinson, usted lo sabe, mierda, no da, no joda, ni pa' entretener el estómago pue...

¿Cómo se puede pensar en el romanticismo de las letras cuando se está ocupado en sobrevivir? Basta mirar el vestido de la virgen de la iglesia central, para comprender el abandono en el que se encuentran estos pueblos.



Solo quedaba un lugar por visitar: el cementerio, allí seguramente lo encontraría.

Una vez parada en la puerta me encuentro con el sepulturero, a quien pregunté por la tumba del escritor; de inmediato y con un tono por demás pausado, como de quien no lleva prisa jamás, sin levantarse de su silla me señaló con un dedo aletargado el lugar. "Allá al fondo en dónde se ve ese árbol, debajo de ese roble está la tumba de Jattin; es un cuadrito pequeñito, está junto al papá".

Es un cementerio que es como un pueblo costeño, pero en chiquito. Bloques coloridos, algunos, se ve que quieren sobre salir entre los demás, pasillos estrechos por los que es difícil caminar, algunos de tierra, otros de cemento ya descascarado, se siente uno en algunos de ellos, como si apenas cupieran los pies, agua estancada, basura, letreros, humedad, deterioro. Y al fondo, debajo del roble que se ve desde varias cuerdas de distancia, está la tumba, tal vez la más sencilla de todas, la menos pretenciosa. Ahí está Jattin junto a su padre.

Pero la sombra que da este árbol no es como todas, porque parece que no solo protege del

sol, sino del ruido a quienes están bajo sus ramas. Es un lugar con un silencio estremecedor, es un silencio que inspira un profundo respeto, solo se escuchan las hojas moverse por acción del viento. Solo basta quedarse allí unos minutos para sentir la paz que en pocos lugares como este se puede experimentar. Ya en tierra costeña el tiempo se siente que pasa más lentamente, pero en este lugar parece que se detuviera. No podría haber un mejor lugar para el descanso de un hombre que vivió tan profundamente atormentado.

Por alguna razón cuando las personas ya no están, queremos ir a donde ellos estuvieron, recoger sus pasos, quizá para conectarse de alguna manera. Frente a la tumba sentimos que ahí están ellos y que, aunque lejos en el tiempo y el espacio, logramos acercarnos de alguna manera, pero al mismo tiempo se tiene la sensación de haber llegado demasiado tarde.

Al final del recorrido, entiendo que me he quedado corta cuando imaginé los parajes, el calor, los personajes, sus costumbres, su alegría en medio de la precariedad; veo frente a mis ojos que una vez más la realidad supera a





la imaginación. Siento que todo valió la pena, como una experiencia de vida, como una aproximación a la realidad de mi país. Fue también un placer pasar a saludar, no solo a los escritores, sino también a los personajes que de mu-

chas maneras marcaron mi infancia, al poeta de la calle bajo la sombra de su roble y al profe, al conocido "Viejo Déivi".

Laura Rueda

